



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Literatura
Introducción a los Estudios Literarios
Prof. Carolina Brncić
Primer semestre 2012

SELECCIÓN DE TEXTOS LÍRICOS

Índice:

Horacio

Petrarca

Garcilaso de la Vega

Francisco de Quevedo

Novalis

Charles Baudelaire

Arthur Rimbaud

César Vallejo

Gabriela Mistral

Gonzalo Rojas

John Ashbery

HORACIO (65 A.c.- 8A.C.)**CARPE DIEM**

No pretendas saber, pues no está permitido,
el fin que a mí y a ti, Leucónoe,
nos tienen asignados los dioses,
ni consultes los números Babilónicos.
Mejor será aceptar lo que venga,
ya sean muchos los inviernos que Júpiter
te conceda, o sea éste el último,
el que ahora hace que el mar Tirreno
rompa contra los opuestos cantiles.
No seas loca, filtra tus vinos
y adapta al breve espacio de tu vida
una esperanza larga.
Mientras hablamos, huye el tiempo envidioso.
Vive el día de hoy. Captúralo.
No fíes del incierto mañana.

PETRARCA (1304- 1374)**SONETO LXXXIV**

-Ojos, llorad, hacedle compañía
 al pecho que, al fallar, estáis matando.
 -Eso hacemos, que estamos lamentando
 su yerro más que el nuestro noche y día.

-Por vosotros Amor forzó su vía
 a donde como dueño está morando.
 -Nos movió la esperanza que brotando
 fue de aquel que lamenta su agonía.

- No podéis en razones igualaros:
 que, al primero, habéis ya consentido
 ser de su mal y el nuestro tan avaros.

- Tus palabras nos han entristecido,
 pues los juicios perfectos son tan raros
 que a otros acusa quien culpable ha sido.

SONETO CXXIV

Amor, Fortuna, y mi conciencia esquiva
 ante el presente y vuelta hacia el pasado
 tal me afligen, que a veces he envidiado
 a cuantos se hallan en la opuesta riba.

Me acaba Amor, y de alivio me priva
 Fortuna, y mi conciencia un llanto airado
 y estólido destila; y, apenado
 siempre conviene que llorando viva.

No ha de volver el dulce tiempo ido,
 y el que viene traerá peor mudanza;
 y de mi curso ya he pasado medio.

No de un diamante real, de uno fingido
 veo huir de mis manos la esperanza,
 y a mis designios, ay, partir por medio.

GARCILASO DE LA VEGA (1501-1536)
EGLOGA I

El dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 he de contar, sus quejas imitando;
 cuyas ovejas al cantar sabroso
 estaban muy atentas, los amores, 5
 (de pacer olvidadas) escuchando.
 Tú, que ganaste obrando
 un nombre en todo el mundo
 y un grado sin segundo,
 agora estés atento sólo y dado 10
 el ínclito gobierno del estado
 Albano; agora vuelto a la otra parte,
 resplandeciente, armado,
 representando en tierra el fiero Marte;
 agora de cuidados enojosos 15
 y de negocios libre, por ventura
 andes a caza, el monte fatigando
 en ardiente jinete, que apresura
 el curso tras los ciervos temerosos,
 que en vano su morir van dilatando; 20
 espera, que en tornando
 a ser restituido
 al ocio ya perdido,
 luego verás ejercitar mi pluma
 por la infinita innumerable suma 25
 de tus virtudes y famosas obras,
 antes que me consuma,
 faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
 viene a sacarme de la deuda un día, 30
 que se debe a tu fama y a tu gloria
 (que es deuda general, no sólo mía,
 mas de cualquier ingenio peregrino
 que celebra lo digno de memoria),
 el árbol de victoria, 35
 que ciñe estrechamente
 tu gloriosa frente,
 dé lugar a la hiedra que se planta
 debajo de tu sombra, y se levanta
 poco a poco, arrimada a tus loores; 40
 y en cuanto esto se canta,
 escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,
 rayaba de los montes al altura
 el sol, cuando Salicio, recostado 45
 al pie de un alta haya en la verdura,
 por donde un agua clara con sonido
 atravesaba el fresco y verde prado,

él, con canto acordado
 al rumor que sonaba, 50
 del agua que pasaba,
 se quejaba tan dulce y blandamente
 como si no estuviera de allí ausente
 la que de su dolor culpa tenía;
 y así, como presente, 55
 razonando con ella, le decía:

Salicio:
 ¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
 y al encendido fuego en que me quemo
 más helada que nieve, Galatea!,
 estoy muriendo, y aún la vida temo; 60
 témola con razón, pues tú me dejas,
 que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 ninguno en tal estado,
 de ti desamparado, 65
 y de mí mismo yo me corro agora.
 ¿De un alma te desdeñas ser señora,
 donde siempre moraste, no pudiendo
 de ella salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo. 70

El sol tiende los rayos de su lumbre
 por montes y por valles, despertando
 las aves y animales y la gente:
 cuál por el aire claro va volando,
 cuál por el verde valle o alta cumbre 75
 paciendo va segura y libremente,
 cuál con el sol presente
 va de nuevo al oficio,
 y al usado ejercicio
 do su natura o menester le inclina, 80
 siempre está en llanto esta ánima mezquina,
 cuando la sombra el mundo va cubriendo,
 o la luz se avecina.
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, de esta mi vida ya olvidada, 85
 sin mostrar un pequeño sentimiento
 de que por ti Salicio triste muera,
 dejas llevar (¡desconocida!) al viento
 el amor y la fe que ser guardada
 eternamente sólo a mí debiera? 90
 ¡Oh Dios!, ¿por qué siquiera,
 (pues ves desde tu altura
 esta falsa perjura
 causar la muerte de un estrecho amigo)
 no recibe del cielo algún castigo? 95
 Si en pago del amor yo estoy muriendo,

de la sierra de Cuenca, y el gobierno del abrigado Estremo en el invierno? Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo me estoy en llanto eterno!	195		
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.			
Con mi llorar las piedras enternecen su natural dureza y la quebrantan; los árboles parece que se inclinan: las aves que me escuchan, cuando cantan, con diferente voz se condolecen,	200		
y mi morir cantando me adivinan. Las fieras, que reclinan su cuerpo fatigado, dejan el sosegado	205		
sueño por escuchar mi llanto triste. Tú sola contra mí te endureciste, los ojos aún siquiera no volviendo a lo que tú hiciste.			
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.	210		
Mas ya que a socorrerme aquí no vienes, no dejes el lugar que tanto amaste, que bien podrás venir de mí segura; yo dejaré el lugar do me dejaste;	215		
ven, si por sólo esto te detienes; ves aquí un prado lleno de verdura, ves aquí una espesura, ves aquí una agua clara, en otro tiempo cara,			
a quien de ti con lágrimas me quejo. Quizá aquí hallarás (pues yo me alejo) al que todo mi bien quitarme puede; que pues el bien le dejo, no es mucho que el lugar también le quede.	220		
Aquí dio fin a su cantar Salicio, y suspirando en el postrero acento, soltó de llanto una profunda vena. Queriendo el monte al grave sentimiento de aquel dolor en algo ser propicio, con la pesada voz retumba y suena.	225		
La blanca Filomena, casi como dolida y a compasión movida, dulcemente responde al son lloroso. Lo que cantó tras esto Nemoroso	230		
decidlo vos Piérides, que tanto no puedo yo, ni oso, que siento enflaquecer mi débil canto.			
		Nemoroso:	
		Corrientes aguas, puras, cristalinas, árboles que os estáis mirando en ellas, verde prado, de fresca sombra lleno, aves que aquí sembráis vuestras querellas, hiedra que por los árboles caminas, torciendo el paso por su verde seno:	240
		yo me vi tan ajeno del grave mal que siento, que de puro contento con vuestra soledad me recreaba, donde con dulce sueño reposaba, o con el pensamiento discurría	245
		por donde no hallaba sino memorias llenas de alegría.	250
		Y en este mismo valle, donde agora me entristezco y me canso, en el reposo estuve ya contento y descansado. ¡Oh bien caduco, vano y presuroso! Acuérdome, durmiendo aquí alguna hora, que despertando, a Elisa vi a mi lado. ¡Oh miserable hado! ¡Oh tela delicada,	255
		antes de tiempo dada a los agudos filos de la muerte! Más conveniente fuera aquesta suerte a los cansados años de mi vida, que es más que el hierro fuerte, pues no la ha quebrantado tu partida.	260
		¿Dó están agora aquellos claros ojos que llevaban tras sí, como colgada, mi ánima doquier que ellos se volvían? ¿Dó está la blanca mano delicada, llena de vencimientos y despojos que de mí mis sentidos le ofrecían? Los cabellos que vían con gran desprecio al oro, como a menor tesoro,	270
		¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho? ¿Dó la columna que el dorado techo con presunción graciosa sostenía? Aquesto todo agora ya se encierra, por desventura mía,	275
		en la fría, desierta y dura tierra.	280
		¿Quién me dijera, Elisa, vida mía, cuando en aqueste valle al fresco viento andábamos cogiendo tiernas flores, que había de ver con largo apartamiento	285

venir el triste y solitario día que diese amargo fin a mis amores? El cielo en mis dolores cargó la mano tanto, que a sempiterno llanto y a triste soledad me ha condenado; y lo que siento más es verme atado a la pesada vida y enojosa, solo, desamparado, ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa.	290 295	su lamentable oficio y sus querellas, trayendo de su pena al cielo por testigo y las estrellas;	335
Después que nos dejaste, nunca pace en hartura el ganado ya, ni acude el campo al labrador con mano llena. No hay bien que en mal no se convierta y mude: la mala hierba al trigo ahoga, y nace en lugar suyo la infelice avena; la tierra, que de buena gana nos producía flores con que solía quitar en sólo vellas mil enojos, produce agora en cambio estos abrojos, ya de rigor de espinas intratable; yo hago con mis ojos crecer, llorando, el fruto miserable.	300 305	desta manera suelto yo la rienda a mi dolor, y así me quejo en vano de la dureza de la muerte airada. Ella en mi corazón metió la mano, y de allí me llevó mi dulce prenda, que aquél era su nido y su morada. ¡Ay muerte arrebatada! Por ti me estoy quejando al cielo y enojando con importuno llanto al mundo todo: tan desigual dolor no sufre modo. No me podrán quitar el dolorido sentir, si ya del todo primero no me quitan el sentido.	340 345 350
Como al partir del sol la sombra crece, y en cayendo su rayo se levanta la negra oscuridad que el mundo cubre, de do viene el temor que nos espanta, y la medrosa forma en que se ofrece aquello que la noche nos encubre, hasta que el sol descubre su luz pura y hermosa: tal es la tenebrosa noche de tu partir, en que he quedado de sombra y de temor atormentado, hasta que muerte el tiempo determine que a ver el deseado sol de tu clara vista me encamine.	310 315 320	Una parte guardé de tus cabellos, Elisa, envueltos en un blanco paño, que nunca de mi seno se me apartan; descójolos, y de un dolor tamaño enternecerme siento, que sobre ellos nunca mis ojos de llorar se hartan. Sin que de allí se partan, con suspiros calientes, más que la llama ardientes, los enjugo del llanto, y de consuno casi los paso y cuento uno a uno; juntándolos, con un cordón los ato. Tras esto el importuno dolor me deja descansar un rato.	355 360 365
Cual suele el ruiseñor con triste canto quejarse, entre las hojas escondido, del duro labrador, que cautamente le despojó su caro y dulce nido de los tiernos hijuelos, entre tanto que del amado ramo estaba ausente, y aquel dolor que siente con diferencia tanta por la dulce garganta despide, y a su canto el aire suena, y la callada noche no refrena	325 330	Mas luego a la memoria se me ofrece aquella noche tenebrosa, oscura, que siempre aflige esta ánima mezquina con la memoria de mi desventura Verte presente agora me parece en aquel duro trance de Lucina, y aquella voz divina, con cuyo son y acentos a los airados vientos pudieras amansar, que agora es muda. Me parece que oigo que a la cruda, inexorable diosa demandabas en aquel paso ayuda; y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?	370 375
		¿Ibate tanto en perseguir las fieras? ¿Ibate tanto en un pastor dormido?	380

¿Cosa pudo bastar a tal crüeza,
 que, conmovida a compasión, oído
 a los votos y lágrimas no dieras,
 por no ver hecha tierra tal belleza, 385
 o no ver la tristeza
 en que tu Nemoroso
 queda, que su reposo
 era seguir tu oficio, persiguiendo
 las fieras por los monte, y ofreciendo 390
 a tus sagradas aras los despojos?
 ¿Y tú, ingrata, riendo
 dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo 395
 con inmortales pies pisas y mides,
 y su mudanza ves, estando queda,
 ¿por qué de mí te olvidas y no pides
 que se apresure el tiempo en que este velo
 rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
 y en la tercera rueda, 400
 contigo mano a mano,
 busquemos otro llano,
 busquemos otros montes y otros ríos,
 otros valles floridos y sombríos,
 do descansar y siempre pueda verte 405
 ante los ojos míos,
 sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
 los pastores, ni fueran acabadas 410
 las canciones que sólo el monte oía,
 si mirando las nubes coloradas,
 al tramontar del sol bordadas de oro,
 no vieran que era ya pasado el día,
 la sombra se veía
 venir corriendo apriesa 415
 ya por la falda espesa
 del altísimo monte, y recordando
 ambos como de sueño, y acabando
 el fugitivo sol, de luz escaso,
 su ganado llevando, 420
 se fueran recogiendo paso a paso.

FRANCISCO DE QUEVEDO (1580-1645)
SONETO
Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
 Sombra que me llevare el blanco día,
 Y podrá desatar esta alma mía
 Hora a su afán ansioso lisonjera;

Mas no, de esotra parte, en la ribera,
 Dejará la memoria, en donde ardía:
 Nadar sabe mi llama el agua fría,
 Y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
 Venas que humor a tanto fuego han dado,
 Medulas que han gloriosamente ardido:

Su cuerpo dejará no su cuidado;
 Serán ceniza, mas tendrá sentido;
 Polvo serán, mas polvo enamorado.

NOVALIS HIMNOS A LA NOCHE

¿Qué ser vivo, dotado de sentidos, no ama por encima de todas las maravillas del espacio circundante, a la luz jubilosa – con sus colores, sus rayos y sus ondas, dulce omnipresencia al despuntar el alba? Como alma íntima y vital la respira el mundo gigantesco de los astros que flotan, en incesante danza, por su fluido azul – la respira la piedra, centelleante y en eterno reposo, la respira la planta, meditativa, que sorbe la savia de la tierra, y el salvaje animal, ardiente y multiforme – pero antes que todos ellos, la respira el egregio extranjero, de ojos pensativos y labios suavemente cerrados y llenos de sonidos. Como un rey de la naturaleza terrestre, la luz convoca todas las fuerzas a cambios innúmeros, crea y destruye infinitas ataduras, envuelve a todos los seres de la tierra en su aureola celestial – con su sola presencia revela el esplendor de los reinos de este mundo. Dejándola atrás me dirijo hacia la sagrada, inefable y misteriosa noche. Lejos yace el mundo – sumido en honda cripta – desierto y solitario es el lugar. Una profunda melancolía vibra por las cuerdas del pecho. Quiero descender en gotas de rocío y mezclarme con la ceniza. –Lejanías del recuerdo, deseos de juventud, sueños de la infancia, breves alegrías y vanas esperanzas de una larga vida acuden cubiertas de grises ropajes, como niebla del ocaso a la puesta del sol. En otros espacios ha levantado la luz sus alegres tiendas. ¿No regresará al lado de sus hijos que esperan su retorno con la fe de la inocencia?

2

¿Qué es lo que de forma repentina surge del fondo del corazón y sorbe el aire suave de la melancolía? ¿Te complaces también en nosotros, noche oscura? ¿Qué es lo que ocultas bajo tu manto, que con fuerza invisible me penetra el alma? Un preciado bálsamo destila de tu mano, como si fuera un atado de amapolas. Tú haces que se levanten las pesadas alas del desánimo. Una oscura e inefable emoción nos invade – alegre y asustado, veo ante mí un rostro grave, un rostro que dulce y reverente se inclina hacia mí, y entre la interminable maraña de sus rizos, aparece la amorosa juventud de la madre. ¡Qué pobre y pueril aparece ahora la luz! – ¡Qué alegre y

bendita la despedida del día! Sólo porque la noche aleja de tí a tus servidores, sembraste en las inmensidades del espacio las esferas luminosas que pregonan tu omnipotencia – tu retorno – mientras dure tu alejamiento. Más celestiales que aquellas brillantes estrellas nos parecen los ojos infinitos que la noche abrió en nosotros. Más lejos ven ellos que los pálidos ojos de aquellas incontables legiones – sin necesitar la luz, sus ojos atraviesan la profundidad del alma enamorada – llenando de indecible deleite un espacio más alto. Gloria a la reina del mundo, la gran mensajera de universos sagrados, la protectora del amor dichoso – ella te envía hasta mí – mi tierna amada – adorado sol de la noche – ahora permanezco despierto – porque soy tuyo y soy mío a la vez – tú me has anunciado que la noche es vida: tú me has hecho hombre – mi cuerpo se consume en ardor espiritual, y convertido en aire, que a ti me una y que íntimamente me disuelva, y eterna será nuestra noche de bodas.

3

Antaño, cuando derramaba amargas lágrimas, cuando disuelta en dolor mi esperanza se desvanecía, estando en la estéril colina que en estrecho y oscuro lugar albergaba la imagen de mi vida – solo, como jamás estuvo nunca un solitario, hostigado vivía por un miedo indecible – sin apenas fuerzas, sólo un reflejo de la miseria. – Cuando buscaba auxilio a mi alrededor – avanzar no podía, retroceder tampoco – y un anhelo infinito me aferraba a la vida fugaz, apagada – entonces, desde la distancia azul – desde la altura de mi antigua dicha descendió un estertor de desfallecimiento – y de repente se rompió el vínculo del nacimiento – las ataduras de la luz. Se desvaneció la gloria terrenal y con ella mi tristeza – la melancolía se fundió en un mundo insondable y nuevo – y tú, entusiasmo de la noche, sueño del cielo, viniste sobre mí – el entorno se fue levantando lentamente; sobre el paisaje, suspendido flotaba mi espíritu, libre, vuelto a nacer. La colina se convirtió en una nube de polvo – a través de la nube vi los rasgos transfigurados de la amada. En sus ojos descansaba la eternidad – cogí sus manos, y las lágrimas se convirtieron en vínculo centelleante, inquebrantable. Pasaron milenios huyendo hacia la lejanía, como tempestades. Abrazado a su cuello lloré lágrimas extasiadas por la nueva vida. – Fue el primero, el único sueño – y desde entonces sólo vivo una fe eterna e inalterable en el cielo de la noche y en su luz, la amada.

CHARLES BAUDELAIRE**(1821 – 1867)****HIMNO A LA BELLEZA**

¿Vienes del cielo profundo o surges del abismo
oh, Belleza? Tu mirada, infernal y divina,
vierte confusamente el favor y el crimen,
y, se puede por esto, compararte al vino.

Contienes en tu ojo el poniente y la aurora;
derramas perfumes como un anochecer tormentoso;
tus besos son un filtro y tu boca un ánfora
que hacen al héroe cobarde y al niño valiente.

¿Sales de la sima negra o descendes de los astros?
El destino hechizado sigue tus enaguas como un perro;
siembras al azar la alegría y los desastres,
y lo gobiernas todo, y no respondes de nada.

Marchas sobre los muertos, belleza, de los que te burlas;
de tus joyas el Horror no es la menos encantadora,
y la Muerte, entre tus más queridos dijés
sobre tu vientre orgulloso danza amorosamente.

El efímero deslumbrado vuela hacia ti, candela,
crepita, arde y dice: ¡bendigamos estas luces!
El amante jadeando se inclina sobre su bella
tiene el aspecto de un moribundo acariciando su tumba.

Que vengas del cielo o del infierno, ¿qué importa,
¡oh, Belleza! ¡monstruo enorme, horroroso e ingenuo!
si tu mirar, tu sonrisa, tu pie, me abren la puerta
de un Infinito que amo y nunca he conocido?

De Satán o de Dios, ¿qué importa? Ángel o Sirena,
¿qué importa, si tú vuelves, -- ¡Hada de los ojos de terciopelo,
ritmo, perfume, luz, oh, mi única reina!—
el universo menos horrible y los instantes menos pesados.

LOS CIEGOS

Alma mía, contémplos; son horribles de ver.
Maniqués parecen, vagamente ridículos;
son terribles, distintos cual si fueran sonámbulos;
acuchillan el aire con miradas de sombra

Ya la chispa divina desertó de sus ojos,
que parecen mirar a lo lejos, alzados
hacia el cielo; jamás les veréis inclinar
la pesada cabeza soñadora hacia el suelo.

Atraviesan así la negrura sin límites,
que se hermana al silencio que es eterno. ¡Oh,
ciudad!
Ríes, cantas y bramas siempre en torno a nosotros,

insaciable de goce y capáz de lo atroz,
pero mientras, me arrastro, tan ausente como ellos,
y pregunto: ¿Qué buscan en el cielo esos ciegos?

ARTHUR RIMBAUD (1854- 1891)**VENUS ANADIÓMENA**

Como de un verde ataúd de vieja hojalata emerge
 La testa de una morena de apomazados aspectos.
 Es de una vieja bañera, que bestia y lenta, se yergue,
 Mostrando, en su salida, mal remendados defectos.

Sigue el cuello gordo y gris; los omóplatos parece
 Que sobresalen; la espalda se le mete y se le saca;
 La grasa bajo la piel, se extiende como una capa;
 La redondez de su dorso, da la impresión de que
 crece.

La espina dorsal es roja y se nota un gusto en todo
 Espantosamente extraño; se adivinan, sobre todo,
 Ciertas singularidades que habría que ver con lupa.

Dos palabras: *Clara Venus*, en el lomo en vano
 Y todo el cuerpo rebulle y se extiende en la ancha
 grupa,
 Odiosamente hermosa, una úlcera en el ano.

CÉSAR VALLEJO (1892- 1938)**LOS HERALDOS NEGROS**

HAY GOLPES EN la vida, tan fuertes... Yo no sé.
 Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
 la resaca de todo lo sufrido
 se empozara en el alma... Yo no sé.

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
 en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
 Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
 o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
 de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
 Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
 de algún pan que en la puerta del horno se nos
 quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
 cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
 vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
 se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes ... Yo no sé!

GABRIELA MISTRAL (1889- 1921)

NOCTURNO DE LA CONSUMACIÓN

A Waldo Frank.

Te olvidaste del rostro que hiciste
en un valle a una oscura mujer;
olvidaste entre todas tus formas
mi alzada de lento ciprés;
cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.

Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han borrado mis hombros las dunas
y mi frente algarrobo y maitén.
Cuantas cosas gloriosas hiciste
te han cubierto a la pobre mujer.

Como Tú me pusiste en la boca
la canción por la sola merced:
como Tú me enseñaste este modo
de estirarte mi esponja con hiel,
yo me pongo a cantar tus olvidos,
por hincarte mi grito otra vez.
Yo te digo que me has olvidado
-pan de tierra de la insipidez-
leño triste que sobra en tus haces,
pez sombrío que afrenta la red.
Yo te digo con otro que "hay tiempo
de sembrar como de recoger".

No te cobro la inmensa promesa
de tu cielo en niveles de mies;
no te digo apetito de Arcángeles
ni Potencias que me hagan arder;
no te busco los prados de música
donde a tristes llevaste a pacer.

Hace tanto que masco tinieblas,
que la dicha no sé reaprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la Sed.

La oración de colinas divinas
se ha raído en la gran aridez,
y ahora tengo en la mano una nueva,
la más seca, ofrecida a mi Rey.

Dame Tú el acabar de la encina
en fogón que no deje la hez;
dame Tú el acabar del celaje
que su sol hizo y quiso perder;
dame el fin de la pobre medusa
que en la arena consume su bien.

He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén:
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver,
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
rebanada de Jerusalem.

Gonzalo Rojas (1917- 1994)**Contra la muerte**

Me arranco las visiones y me arranco los ojos cada día
que pasa.

No quiero ver ¡no puedo! ver morir a los hombres cada
día.

Prefiero ser de piedra, estar oscuro,
a soportar el asco de ablandarme por dentro y sonreír
a diestra y a siniestra con tal de prosperar en mi negocio.

No tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad
en mitad de la calle y hacia todos los vientos:
la verdad de estar vivo, únicamente vivo,
con los pies en la tierra y el esqueleto libre en este mundo.

¿Qué sacamos con eso de saltar hasta el sol con nuestras
máquinas
a la velocidad del pensamiento, demonios: qué sacamos
con volar más allá del infinito
si seguimos muriendo sin esperanza alguna de vivir
fuera del tiempo oscuro?

Dios no me sirve. Nadie me sirve para nada.
Pero respiro, y como, y hasta duermo
pensando que me faltan unos diez o veinte años para irme
de bruces, como todos, a dormir en dos metros de
cemento allá abajo.

No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser,
pero no puedo ver cajones y cajones
pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto
llenos de algo, rellenos de algo, no puedo ver
todavía caliente la sangre en los cajones.

Toco esta rosa, beso sus pétalos, adoro
la vida, no me canso de amar a las mujeres: me alimento
de abrir el mundo en ellas. Pero todo es inútil,
porque yo mismo soy una cabeza inútil
lista para cortar, por no entender qué es eso
de esperar otro mundo de este mundo.

Me hablan del Dios o me hablan de la Historia. Me río
de ir a buscar tan lejos la explicación del hambre
que me devora, el hambre de vivir como el sol
en la gracia del aire, eternamente.

JOHN ASHBERY (1927-)**SHEREZADE (trad. Andrés Ferrada)**

Libre del enigma de la razón
 El agua se aloja en rectangulares contenedores de
 piedra.
 La tierra está seca. Bajo ella se mueve el agua. Los
 peces habitan los pozos. Las hojas,
 de concentrado verde, se dibujan en la luz. Aquí la
 mala
 enredadera y la ambrosía rancia se olvidan de
 florecer.
 Un inexhausto ropero yace en el basurero
 De una nueva ocurrencia. Ahora puede ser él.
 El día rehúsa declinar
 Y al detenerse abre nuevas avenidas
 Que no violan el espacio, que convive aquí con
 nosotros.
 Otros sueños llegaron y se fueron mientras la rivera
 De coloridos verbos y adjetivos se alejaba de la luz
 Para amamantar en la sombra su ausencia de método
 Amando sobretodo las partículas
 Que transforman los objetos de una misma familia
 En particulares, cada uno distintivo
 Dentro y fuera de su misma clase.
 En todo este nacimiento no hubo atisbo de
 Marejadas, sólo la apacible tribulación del aire
 En el que todas las cosas parecían estar presentes,
 como
 Recién idas o a punto llegar. Era toda una invitación.
 Fue así cómo las flores de la noche bosquejaban
 Parajes cuando pocas eran visibles, pero
 Su historia era más fuerte que el zumbido
 De escarabajos y de los rezagados sonidos de maleza
 Girándola al nuevo hecho de un día.
 Allí estaban para ser vistas como un
 Saludo antes de iniciar su labor,
 Pero se aferraron a sus armas, y tan fuerte
 Fue su decisión de quedarse con el resto
 (Como las largas luces de pájaros blancos que
 resisten morir
 Cuando el día termina) que ninguna se dio cuenta de
 la desviación
 Que originó este gran movimiento como a una fuerte
 Digresión, una planicie que lentamente se convierte
 en montaña.

Así que cada una, enredada como en
 Una costumbre, veían que sus esfuerzos por
 voltearse libres
 Las envolvían aún más, inexorablemente, ya que
 todas
 Existían allí para ser contadas, esparcidas,
 De borde a borde. Aquí estaban las piedras
 Legibles como medallones de sol, allí la historia
 De los abuelos, del campeón joven y vigoroso,
 (Las líneas que antes cedieron a otro, ahora
 son parte de un hablante nuevo), comidas y
 reuniones,
 La luz en el envejecido hogar, la forma secreta en
 que
 Los cuartos se alimentaban entre sí, y todo fue
 Precaución del tiempo vigilándose a sí mismo
 Gratuitamente en la complejidad que la historia creó
 afuera:
 La grandeza del momento de contar permaneció sin
 resolver
 Hasta que su tesoro de incidentes, hecho de dolor y
 placer,
 Se disolvió en el instante preciso del impacto
 Del florecimiento, su crecimiento un lamento
 estático.

Algunos cuentos sobrevivieron a la dinastía de los
 constructores,
 Pero su propio eco fue encarcelado, transformándose
 en una
 Anticipación que no fue más que memoria,
 Ya que las posibilidades son limitadas. Es claro que
 Al final los buenos son recompensados,
 Que el impío está condenado a quemarse por siempre
 En su error, de todas formas más triste y sabio.
 Entre estos extremos los otros se las arreglan
 Como nosotros, inciertos pero representando sin
 aspavientos
 Su función de personajes secundarios que deben
 Tomarse en cuenta. Nosotros somos quienes
 hacemos esta
 Jungla llamándola espacio, nombrando cada raíz,
 Cada serpiente, por el sonido de la palabra
 Que vibra con tedio en nuestro placer,
 Una indiferencia que es placer. ¿Y qué sería de ellos
 Sin una audiencia que restrinja las innumerables
 Críticas, devolviéndoles el buen humor, a medida
 que se introduce
 En el impenetrable aire del atardecer? Así es que de
 algún modo

Aunque el cálculo sea incorrecto
El equilibrio vuelve a su lugar porque se
Equilibra, sabiendo que prevalece,
Y el hombre que cometió el mismo error dos veces
es exonerado.